CASTELLANOS EN LA ISLA MARGARITA (1542 - 1544)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

— VII —

En busca de *nuevas regiones* salió Castellanos de la isla de Cubagua, en circunstancias ya apuntadas en el capítulo anterior, rumbo a la Margarita.

El contraste entre las dos es manifiesto: de la *isla tan estéril e iname-*na que dejaba atrás, pasa a un lugar paradisíaco. Descubierta por Colón quien le dio el nombre, es tierra fértil, regada con abundancia por *aguas represadas y corrientes*. Los frutos más apetecibles se dan en abundancia; animales de toda especie, y por sobre todo *cría de claras perlas en abundancia*.

Hablará de ella como testigo de primera mano,

en cuya descripción tengo yo voto (I, 591).

En esta dicha isla mayormente

Do fui mucho tiempo residente (I, 592).

Ya en la vejez, reconstruye el paisaje, saborea con fruición los dulces frutos de la tierra, *dignísimos de ver mesas de reyes*; se extiende en la enumeración de aquella rica fauna que le proporcionó *gustosa y salubérrima comida*. Rinde tributo nominal a sus primeros pobladores. Ensalza aquella tranquilidad de que gozaban sus felices moradores, que *dormían sin las armas en las manos*.

Lejos de pesadumbres y sobresaltos,

Cualquiera de nosotros allí osa

Acostarse quitadas las espuelas,

Y sin temor de yerba ponzoñosa

Arrinconar escudos y rodelas. (I, 595).

Aquella beatífica quietud era propicia para el ejercicio del espíritu: juegos y danzas, versos, fiestas y riquísimos arreos. Y para remate de todo, aquellas mestizas lascivas, diligentes, *de condición benévola y humana*. Grandes señoras, cuyos nombres no se escapan a lo largo de los años: Catalina de Rojas, Ana de Rojas, Francisca Gutiérrez, Isabel de Reina,

María de Lerma, Juana de Ribas y tantas otras... No olvidemos que Castellanos vivía a plenitud sus veinte años. El escenario, por otra parte, era a propósito para halagar sus sentidos, ávidos de placeres:

*Entre las espesuras de las ramas
Hay cantos de süaves ruseñores;
Con cuyo son las damas y galanes
Encienden más sus pechos en amores:
Allí mirar, allí la dulce seña
Que el ardiente deseo les enseña.*

*Allí también dulcísimo contento
De voces concertadas en su punto,
Cuyos conceptos lleva manso viento
A los prontos oídos por trasunto:
Corre mano veloz el instrumento
Con un ingenioso contrapunto,
Enterneciéndose los corazones
Con nuevos villancicos y canciones. (I, 597).*

Al recordar en el ocaso de la vida aquellos verdes años de su juventud, al traer a la memoria nombres y encantos femeniles, el hombre traiciona al greve Beneficiado, y con un tanto de pueril vanidad dirá

*Que cierto quiero bien aquella tierra,
Pues por allí gasté mi primavera
Y allí tengo también quien bien me quiera. (I, 662).*

El primer canto de la Elegía XIV es una égloga, los siguientes tienen la altura de la épica. Con razón el doctor Pardo en su libro *Juan de Castellanos* incluye la descripción de la Isla Margarita entre los trozos escogidos del cronista. Hace notar, con acierto, la influencia de Erilla en tres ocasiones. Dice Castellanos

Que hoja de otro hoja no discrepa,

y Erilla:

Hoja no discrepaba de otra un punto (Araucana, XXVI);

Castellanos:

*En torno de la cual los verdes prados
De naturales y traspuestas flores
Estaban todos tiempos estampados
De pinturas diversas en colores (I, 596).*

en *La Araucana*:

*No produce natura tantas flores
Cuando más rica primavera envía,
Ni tantas variedades de colores
Como en aquel jardín vicioso había (Id).*

Y finalmente, en el pasaje ya copiado, en que deja oír entre las espesuras de las ramas los cantos de suaves ruiseñores, se advierte la influencia de Ercilla cuando dijo:

*Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseídos (Id).*

Pero no todo fue paz en aquella isla de placeres. Sufrieron los isleños el insulto del pirata y la crueldad del tirano Lope de Aguirre. Para tomar las cosas de más lejos, cuenta Castellanos las hazañas de Pedro de Ursúa y su triste fin *por alevé y por traición de su campo amotinado*.

A estas calamidades vino a sumarse la decadencia de los ricos ostiales que habían enriquecido a tantos y permitido una vida de holgura y bienandanza. Comenzó entonces la emigración: unos pasaron al Perú y Nueva España, otros buscaron nuevas tierras y *al fin la compañía fue deshecha como el grano faltó de la cosecha*.

*Bien como cuando veis a gran mercado
Ocurrir de gentío peregrino
Tal número que tienen ocupado
La plaza, la calzada y el camino,
Y aquel contrato hecho y acabado,
Se vuelve cada cual por donde vino
Dejando vacos los lugares llenos,
Y los que en ellos quedan son los menos;
Desta manera fuimos divididos
Por diversas provincias destes mares,
Quedándose los viejos y tullidos
Por aquellas estancias y lugares.
Los pasados placeres convertidos
En angustias, tristezas y pesares,
Y demás de los ya dichos rigores
Les vinieron después otros mayores. (I, 599, 600).*

Una nueva esperanza brilló a los buscadores del dinero: el Cabo de la Vela, en cuyas costas florecía la pesca de perlas. Y hacia allá enderezó sus pasos Castellanos en busca de *refugio de los pobres peregrinos*.

Le tenemos ya en tierras del Nuevo Reino en donde han de transcurrir los años restantes de su agitada existencia.

La Elegía XIV contiene numerosos rasgos autobiográficos: nos cuenta el cronista que fue testigo de los servicios a la corona real prestados por Ursúa, a quien vio enfermo de fiebres (I, 610); conoció personalmente a Francisco de Orellana, *con quien yo tuve gran conocimiento*, y a Alonso Esteban, compañero del anterior, *a quien también yo tuve por amigo* (I, 612). El 9 de septiembre de 1542, se encontraba en Cubagua a la llegada de la expedición de Orellana,

*Salimos a la playa mucha gente
A ver extraño barco que venía (I, 618).*

Fue testigo también de las aflicciones de la viuda de Orellana (I, 619). Conoció a fray Andrés de Valdés, *mi buen amigo*, víctima del tirano Aguirre (I, 660). Finalmente, el 28 de octubre de 1561, muere el tirano y

*Cada año con pregón regocijado
Celebran del triunfo la memoria,
Y en toda la provincia y obispado
A Dios y a estos santos dan la gloria:
Y en este mismo día señalado
Acabé de escribir la tal historia,
Que hizo, por ser largos los escesos
Ansimismo prolijos mis digresos (I, 689).*

Si tenemos en cuenta que en 1579 escribía el canto séptimo de la Elegía VI (I, 290), podemos pensar que el 28 de octubre de ese año o del siguiente, terminaba Castellanos la Primera Parte de sus Elegías.

Una de las características de los cronistas de Indias es la excesiva credulidad que los llevó a consignar en sus escritos y dar por verdaderas las más peregrinas especies.

Monstruos marinos que con sus bramidos hacían retemblar las aguas, dragones alados, vacas marinas, carbunclos de piedras resplandecientes, hombres sin cabeza o con miembros de variados animales, pigmeos y gigantes, y en fin toda aquella serie de fabulosos mitos.

Todos, más o menos, creyeron en estas y otras leyendas que constituían un plato suculento para los lectores de ultramar, ávidos de noticias extraordinarias. Y no hay que culparlos, si se tiene en cuenta que las auténticas maravillas de la naturaleza en el Nuevo Mundo podían pasar por fruto de la más exaltada imaginación. Habría que ver la impresión que produjeron estas nuevas tierras al conquistador europeo. El que podía ver con sus ojos y tocar con sus manos tales cosas, tenía que dar crédito a leyendas y consejas, que muchas veces eran una simple invención, otras una falsa interpretación de las cosas, cuando no fruto del relato mentiroso de los mismos naturales.

Y conste que la credulidad no fue patrimonio de los españoles; a ella pagaron tributo franceses, ingleses e italianos. Y no solamente en los primeros tiempos sino aun en escritores del siglo pasado.

Una de tales fábulas o maravillas mitológicas fue la de las *Amazonas*, que Castellanos atribuye a Orellana:

*Quisieron en un pueblo tomar tierra
Que sobre la barranca parecía,
Mas no los consintió gente de guerra
Que con feroces bríos acudía,
E india varonil que como perra
Sus partes bravamente defendía,
A la cual le pusieron Amazona
Por mostrar gran valor en su persona.*

*De aquí sacó después sus invenciones
 El capitán Francisco de Orellana,
 Para llamalle río de Amazonas
 Por ver esa con dardos y macana,
 Sin otros fundamentos ni razones
 Para creer novela tan liviana;
 Pues hay entre cristianos y gentiles
 Ejemplos de mujeres varoniles (I, 615).*

Cuenta Castellanos que después hizo viaje a España el capitán para levantar informaciones

*Y entonces publicó la gran patraña
 De aquellas invencibles amazonas (I, 619).*

En honor a la verdad hay que decir que tanto Castellanos como Herrera y López de Gomara, quienes atribuyen el invento a Orellana, andaban errados. La paternidad de la fábula hay que atribuirla al mismísimo Colón. Les asignó "la isla que se llama Matinino (Montserrat), que tenía mucho oro, y que estaba habitada por solas mujeres, a las cuales venían los hombres en cierto tiempo del año, y si parían hembra, la tenían consigo, y [si] niño, enviábanlo a la isla de los hombres". (Las Casas, *Historia de las Indias*, libro I, cap. LXVII). Advierte Las Casas que "esto nunca después se averiguó, conviene a saber, que hobiese mujeres solas en alguna tierra destas Indias, y por eso pienso que el Almirante no los entendía o ellos referían fábulas..." (Ibid.).

La invención tuvo fortuna y pasó a Europa por obra y gracia del humanista Pedro Mártir de Anglería: "Comenzó a verse por el Septentrion [en el segundo viaje] cierta isla grande, y los que en la primera navegación habían sido llevados a España y librados de los caníbales afirmaron que aquella isla la llamaban sus habitantes Madanina, que la habitan mujeres solas. En el primer viaje habían tenido los nuestros noticias de esta isla. Se ha creído que los caníbales se acercan a aquellas mujeres en ciertos tiempos del año, del mismo modo que los robustos tracios pasaban a ver las amazonas de Lesbos, según refieren los antiguos, y que de igual manera ellas les envían los hijos destetados a sus padres, reteniendo consigo a las hembras. Cuentan que estas mujeres tienen grandes minas debajo tierra, a las cuales huyen si alguno se acerca a ellas fuera del tiempo convenido; pero si se atreven a seguirlas por la violencia o con asechanzas y acercarse a ellas, se defienden con saetas, creyéndose que las disparan con ojo certero. Así me lo cuentan, así te lo digo". (*Dé-cadas*, Libro II, cap. III).

De ahí en adelante la leyenda se abrió paso. Fray Gaspar de Carvajal, capellán del ejército de Pizarro, Jorge Spira, Pedro de Heredia, Piedrahita y tantos otros la fueron aceptando como una verdad de a puño. Razón tenía Castellanos al llamarla *novela tan liviana*, pero erraba cuando hacía culpable de la gloria del descubrimiento o la mancha de la mentira a Francisco de Orellana, cuyo nombre quedó unido para siempre al río primeramente navegado por él: Río de Orellana y Río de las Amazonas se llamó, aunque después ha prevalecido el último.